

## **TORRE DE ARENA. —**

***Fue Zapatero, el inopinado candidato a la secretaría general del PSOE, que ganó contra todo pronóstico por siete u ocho votos de diferencia, quien en España -siendo ya presidente del Gobierno- rompió con la feliz inercia de la Transición que nos hacía cabalgar por la democracia haciendo mejorar cada día nuestra convivencia y prosperidad. Hoy, tras la inflamación del nacionalismo, con episodios tan graves como los tristemente protagonizados por el independentismo catalán, la irrupción de Podemos, su catecismo comunista y su membresía en el Gobierno, asistimos preocupados a las maniobras de desestabilización de la Monarquía, ese continuo blandir de un nebuloso republicanismo destructivo, el cuestionamiento de nuestro modelo constitucional y el vano intento de transformar nuestro sistema y convivencia con trazas de único pensamiento y auténticos tics totalitarios de los que hemos de guardarnos. A Zapatero, en su relativización de valores e iconoclastia, le ha seguido Sánchez. Quien sería, por cierto, mucho más respetable, si mantuviese una línea argumental político-ideológica concreta más allá de ser el ejecutor de la banalización de las instituciones y la Constitución, de la importancia de la unidad de España, la reconciliación nacional, la Transición y de la igualdad de los españoles. La soberbia, vanidad y ambición de este personaje, ya irremediablemente histórico, son un continuo transir por la cuerda floja sólo pendiente de hacer o pactar lo que convenga para mantener su “ducado” vocacional. En la vida tener dotes extraordinarias, vocación de servicio y capacidad para liderar instituciones y hasta países, trae consigo reconocimientos y honores. Humanos como somos no podemos permanecer inermes ante las muestras de admiración, preces y hasta gratitud, pero buscar los cargos por la recompensa –como Pedro Sánchez nos hace sospechar- en vez de hacerlo en la búsqueda***

***del mejor y más limpio objetivo y aplicando los más óptimos procedimientos, es simplemente pobre, descorazonador y hasta miserable. Hoy, envueltos en una grave crisis sanitaria que, junto a erróneas decisiones y actitudes, está acompañada de una profunda crisis económica y social, cuya salida aún no se adivina, ver al presidente en bañador de vacaciones y envuelto en lujos y boato produce sensaciones inenarrables.***

***El incesante conjunto de medidas y omisiones económicas y sociales acertadas, desacertadas, inútiles, inteligentes, ridículas, neutras y de todo tipo, no pone coto a la dinámica de un fenómeno aún por titular que continúa su paso generando enfermedad, desenlaces varios y miedo. En el puente de mando, ante este extraño temporal, no da tiempo a enjuiciar las decisiones malas o buenas, porque las olas siguen y, grandes o pequeñas, no cesan. La explicación de los acontecimientos se ufana en aparecer por múltiples vías oficiales, oficiosas, políticamente correctas, respetuosas con la mayor parte del relato más puritano o con guion absolutamente contrario. En estos momentos hay que huir de alarmantes titulares y medidas, tomar decisiones serenas a la luz de los especialistas y el sentido de estado, manteniendo un decidido respaldo a nuestras instituciones y al sistema, porque ahora más que nunca necesitamos estabilidad y certezas, no oportunistas ni irresponsables agitadores.***

***Cuando el horizonte comience a dibujar el fin de esta amenaza, hay que trabajar en el refuerzo de la Constitución, cimentando lo mejor que tenemos y abordando la gran asignatura pendiente: enseñar decididamente a las nuevas generaciones qué somos, cual ha sido nuestra historia y qué fueron la reconciliación nacional y la Transición, cómo lo logramos y cuanto valor tiene nuestra Democracia, que no es una torre de arena.***

